

vuestros hijos se mueren por no saber ni quién sois ni en dónde estáis en lo infinito de los mundos!

Pos cima de la plaza inmensa, extendíase el cielo de un terciopelo azul sombrío, el infinito mudo y conmovedor en que palpitan las constelaciones. Sobre los techos del Vaticano parecía que el Carro se había volcado aún más, con sus ruedas de oro como desviadas del camino recto, con sus varas de oro al aire, mientras que allá abajo, sobre Roma, hacia la parte de la vía Julia, iba á desaparecer Orion, no mostrando más que una de las tres estrellas que esmaltan su tahalí.

XV.

No se quedó aletargado Pedro hasta la madrugada, pues le quebrantaba la emoción y enardecía la calentura. A su regreso, entrada la noche, al palacio Bocanera, encontróse con el doloroso duelo de la muerte de Darío y de Benedetta. Y á eso de las nueve, cuando después de despertarse, se vistió y almorzó, quiso bajar en seguida á las habitaciones del cardenal, en las que habían expuesto los cadáveres de los dos amantes, para que la familia, los amigos y los clientes, pudiesen ofrecerles sus lágrimas y sus oraciones.

Mientras que almorzaba, le contó Victorina, que no se había acostado y que daba pruebas de activo ánimo en medio de su dolor, todos los acontecimientos de la noche y de la madrugada. *Donna Serafina*, con un respeto á las conveniencias, propio de una *gizmoña*, intentó una nueva tentativa, queriendo que se separasen los dos cuerpos. Aquella mujer desnuda que, muerta, estrechaba entre sus brazos tan apretadamente á un hombre medio vestido, era cosa que sublevaba todos sus pudores; pero ya no era tiempo, porque se había producido la rigidez de la muer-

ta, y lo que no se pudo conseguir en los primeros momentos, no podía entonces realizarse sin apelar á una horrible profanación. Su abrazo de amor era tan poderoso, que para separarlos el uno del otro, habría sido necesario arrancar sus carnes, romper sus miembros. Y el cardenal, que antes no consintiera que turbasen su sueño, su unión en la muerte y en la eternidad, estuvo en poco que regañase con su hermana. Bajo su sotana de presbítero encontró su raza, mostróse orgulloso de las pasiones de antaño, de esos hermosos y violentos amores, de esas buenas puñaladas, diciendo que si en la familia Boccanera figuraban dos papas y grandes guerreros y capitanes, también la habían hecho célebre algunos de sus miembros con sus amores. Manifestó que no permitiría, que nunca dejaría que tocasen los cadáveres de aquellos dos jóvenes tan puros en su dolorosa existencia y á los que sólo la tumba había unido. Era el amo en su palacio, y los coserían dentro el mismo sudario encerrándolos en el mismo ataúd. En seguida se celebrarían los funerales en San Carlos, en la iglesia inmediata, de la que tenía el título cardenalicio, y en la que era aún el patrono. Y si era preciso allanar alguna dificultad, estaba dispuesto á acudir hasta al papa. Y tal fué su voluntad soberana, manifestada con tanta energía, que todos en el palacio tuvieron que inclinarse, sin permitirse ni un gesto, ni una observación.

Ocupóse entonces *donna* Serafina del último tocado. Según costumbre, los criados se encontraban allí, y Victorina, como la más antigua criada y más estimada de la casa, fué la que ayudó á la familia en aquel trance. Fué necesario limitarse á envolver ante todo á los dos amantes en la suelta cabellera de Benedetta, en la olorosa, profusa y larga cabellera, semejante á regio manto; después, los cubrieron con su misma tela blanca de seda, anudada á sus cuellos, y que hacía de los dos seres uno ante la muerte. Y otra vez, exigió el cardenal, que los bajasen á sus habitaciones, en donde los colocaron en una cama imperial y en medio de la sala del trono, para rendirles supremo homenaje como á los últimos de la raza y del apellido, como á los trágicos desposados, con los que la retumbante gloria de los Boccanera, volvía á la tierra. Desde luego, *donna* Serafina se sometió á este proyecto, porque le pare-

cía poco decente que, ni aun después de muerte, viesen á su sobrina en aquella habitación y en el lecho de Darío. La historia, arreglada á las circunstancias, circulaba ya de boca en boca, lo mismo que la brusca muerte de Darío, arrebatado en pocas horas por una muerte infecciosa; el loco dolor de Benedetta, que espiró sobre su cadáver y al estrecharle por última vez entre sus brazos, los honores regios que les tributaban, las hermosas fúnebres bodas que se celebraban, tendidos ambos en el mismo lecho de eternal reposo; Roma entera, trastornada por esa historia de amor y de muerte, no iba, durante dos semanas, á hablar de otro asunto.

Pedro se proponía marchar á Francia aquella misma noche, con su afán de abandonar aquella ciudad de desastre, en la que debía dejar el último girón de su fe; pero queriendo quedarse para los funerales, aplazó su viaje para el día siguiente. Y aquel día que le quedaba, lo pasaría allí en aquel palacio que se derrumbaba, y al lado de aquella muerta á la que había estimado tanto, procurando encontrar para ella, oraciones, en el fondo de su corazón vacío y lastimado.

Quando bajó al primer piso, y al llegar ante las habitaciones que estaban destinadas por el cardenal para las recepciones, acudió á su memoria el recuerdo del primer día que se había presentado allí. Tuvo la misma sensación de pompa regia, antigua, entre el desgaste y el polvo del pasado. Las puertas de las tres inmensas antecámaras estaban abiertas de par en par, y las salas, vacías aún, con sus elevados artonados oscuros todavía á causa de lo matinal de la hora. En la primera, en la de los criados, no se hallaba más que Giacomo, con librea negra, inmóvil y en pie, frente del capelo rojo, colgado bajo el dosel y con sus alamares medio roídos, entre los que las arañas tejían su tela. En la segunda, en la que en otros tiempos solía hallarse el secretario, estaba el abate Paparelli, el caudatario, que desempeñaba también las funciones de maestra sala y esperaba á las visitas andando por allí con un paso menudo y silencioso. Nunca se había parecido tanto á una solterona vieja, con falda negra, lívido, arrugado por el abuso de prácticas muy severas, con su humildad conquistadora y su aire receloso, de supremacía obsequiosa.

Por último, en la tercera antecámara, en la antecámara noble, en la que la birreta cardenática colocada en una credencia se hallaba enfrente del retrato de cuerpo entero del cardenal en traje de ceremonia, aguardaba *don Vigilio*, el secretario, que había abandonado su mesita de trabajo para colocarse en la puerta de la sala del trono y saludar con una reverencia á los que cruzaban el umbral de aquella. Y en aquella sombría mañana de invierno, las salas parecían más abandonadas, más destartadas, se veían más los girones de los tapices, los escasos muebles cubiertos de polvo, los antiguos tallados de la madera que se convertían en polvo con el continuo trabajo de las carcomas, siendo los artesonados los únicos que conservaban su fastuoso vuelo de dorados y de pinturas triunfales.

Pedro, al que el abate Paparelli acababa de saludar, respetuosamente, de una manera exagerada, en la que se traslucía la ironía, en una especie de despedida hecha á un derrotado, estaba más que nada sobrecogido por la triste grandeza de estas tres vastas salas en ruina, y que aquel día servían de paso para llegar hasta la del trono, trasformada en sala de la muerte, en la que dormían los dos últimos descendientes de la casa. ¡Qué gala más soberbia y desolada de la muerte, las puertas abiertas de par en par, todo el vacío de aquellas grandes salas, despoñadas de la multitud que en otros tiempos las llenaba, yendo á parar el duelo supremo del fin de una raza! El cardenal estaba encerrado en su gabinete, en el que recibía á los miembros de la familia, á los íntimos que iban á darle el pésame, mientras que *donna Serafina*, por su parte, habíase instalado en una habitación inmediata para esperar á las señoras amigas cuyo desfile debía durar todo el día. Y Pedro, al que *Victorina* enterara de ese ceremonial, tuvo que decidirse á entrar directamente en la sala del trono, saludándole de nuevo *don Vigilio*, pálido, y mudo, con una gran reverencia y como si, al parecer, no le conociese.

Esperábase allí una sorpresa. Había imaginado una capilla ardiente, la obscuridad completa, centenares de cirios ardiendo alrededor del catafalco y en medio de la sala cubierta de negras tapicerías. Le habían dicho que la exposición se haría allí, porque la antigua capilla del pa-

lacio, situada en el piso bajo, hacía cincuenta años que no se había abierto, y no podía, por tanto, usarse; y en cuanto á la capillita privada del cardenal era demasiado pequeña para el caso. Por esta razón habían tenido necesidad de improvisar un altar en la sala del trono, en el que, sin interrupción, se decían misas desde por la mañana, y además de esto, debían decirse misas durante todo el día en la capilla privada. También se habían instalado otros dos altares; uno en una habitación inmediata á la antecámara noble y no muy grande, y el otro en una especie de alcoba que comunicaba con la segunda antecámara. Allí era á donde una porción de presbíteros, sobre todo franciscanos y miembros de las órdenes mendicantes, iban sin interrupción, y esperando turno, á celebrar el divino sacrificio en los cuatro altares. El cardenal había querido que ni un solo instante dejase de correr la Sangre divina en su casa para la salvación de aquellas dos almas queridas que juntas habían volado. En el enlutado palacio y á través de las fúnebres salas, oíase sin cesar el campanileo que acompañaba el alzar y el murmullo estremeedor de las palabras latinas, las hostias se partían, los cálices se vaciaban constantemente, sin que Dios pudiese ausentarse ni un solo minuto de aquel aire pesado que tenía aroma de muerte.

Y Pedro, asombrado, encontró la sala del trono tal cual la viera el día de su primera visita. Ni siquiera habían corrido los cortinajes de las cuatro grandes ventanas, y la sombría mañana de invierno, penetraba hasta allí con una claridad febril, gris y fría. Erán los mismos, bajo el labrado y dorado artesonado, los rojos tapices de las paredes, de un brocatel con grandes ramos descoloridos por el desgaste del tiempo; el antiguo trono estaba allí vuelto de cara á la pared, el sillón colocado bajo el dosel, esperando inútilmente al papa que no se presentaba nunca. Lo único que alteraba un poco el aspecto de la habitación era el altar improvisado colocado á la derecha del trono, pues habían quitado de sus sitios algunos muebles, mesas, sillones y cómoda. Después, en el centro y sobre una grada no muy alta, habían colocado la cama imperial, en la que *Benedetta* y *Dario* estaban acostados y cubiertos de

flores. En la cabecera veíanse únicamente dos cirios que ardían á derecha é izquierda. Y nada más á no ser muchas flores, tantas que no se sabía en qué jardín podían haberlas cortado, abundando sobre todo las rosas blancas, ramos y guirrnaldas de flores sobre la cama, ramos de rosas cayendo de ésta, ramos de rosas cubriendo las gradas y desbordándose de éstas hasta llegar al magnífico embaldosado del salón.

Se acercó Pedro al lecho, oprimiéndole el corazón una emoción profunda. Esos dos cirios, de los que la claridad del día amenguaba la amarillenta luz, ese continuo murmullo, semejante á un lamento, de la misa que celebraban continuamente al lado, aquel penetrante perfume de rosas que espesaba el aire, contribuía todo ello á aumentar la angustia infinita, á ser como una lamentación de duelo sin límite en aquella sala polvorienta y anticuada. Y nada, ni un gesto, ni una palabra; sólo de vez en cuando un rumor de ahogados sollozos que estallaban entre las personas que se encontraban allí. Los criados de la casa se relevaban sin cesar y cuatro de ellos permanecían constantemente en pie é inmóviles á la cabecera del lecho imperial, lo mismo que guardias familiares y fieles. De vez en cuando, el abogado consistorial, Morano, que era quien se ocupaba de todo desde por la mañana, atravesaba el salón con apresurado y silencioso paso. Y cuantos entraban ibanse á arrodillar en seguida y lloraban rezando. Pedro vió á tres señoras que tenían la cara oculta tras el pañuelo. También estaba allí un clérigo anciano, temblando de dolor, con la cabeza baja y al que no era posible verle el rostro; pero lo que le enardecía más, fué la presencia de una joven vestida pobreménse y á la que él tomó por una criada, que estaba tan desplomada sobre el enlosado, que no era más que un andrajo de miseria y de sufrimiento.

Arrodillóse entonces á su vez, y con el balbuceamiento profesional de los labios, hizo esfuerzo para encontrar el latín de las oraciones de ritual que, como presbítero había pronunciado muchas veces á la cabecera de los difuntos. Su creciente emoción embrolló su memoria, se anonadó ante el espectáculo adorable á la par que terrible de esos dos amantes, de los que su mirada no podía apartarse. Ba-

jo un montón de rosas que los cubría, apenas se distinguían sus cuerpos abrazados; pero aparecían sus cabezas estrechadas en el cuello por el blanco sudario de seda. ¡Y qué hermosas eran aún, con una belleza de pasión al fin satisfecha, reposando los dos sobre la misma almohada y mezclando sus cabelleras! Benedetta conservaba su faz divina, sonriente, amante y fiel para la eternidad, exaltada por haber entregado la vida con el último beso de amor. Darío, en medio de su postrera alegría, tenía un aspecto doloroso, igual al de los mármoles de las piedras funerarias, que los enamorados se cansan en vano queriendo borrar. Y tenían ambos abiertos aún los ojos, sumiéndose la mirada del uno en el fondo de los del otro, y continuaban contemplándose sin cesar, con una dulzura de caricia que nada debía turbar en adelante.

¡Dios mío! ¿Era, pues, cierto que él había amado á Benedetta con un amor tan puro, tan desprendido de toda idea de imposible posesión? Y Pedro se conmovió hasta lo más íntimo de su alma, recordando las horas deliciosas que había pasado á su lado, uniéndoles un lazo de amistad exquisita, tan dulce como el amor. ¡Era tan hermosa, tan prudente, tan ardiente de pasión! El mismo, concibió un hermoso ensueño: amar con su libertadora fraternidad á esa admirable criatura de alma de fuego y aire indolente, en la que veía á la antigua Roma y á la que hubiera querido despertar y conquistar para la Italia de mañana. Sofía con catequizarla, ensanchando su corazón y su cerebro, comunicándola el amor á los pobres y á los pequeños, la oleada de compasión para las cosas y los seres. A la sazón, esos pensamientos habríanle hecho sonreír si no se hubiese desbordado en lágrimas. ¡Cuán encantadora se había mostrado haciendo esfuerzos para contentarle y consolarle á pesar de los obstáculos invencibles, la raza, la educación, el medio en que se movía que la impedían seguirle! Era una colegiala docil, pero incapaz de hacer ningún verdadero progreso. Un día, sin embargo, pareció que se acercaba á él como si el sufrimiento la abriese el alma y todas las caridades; después vino la ilusión de la dicha y Benedetta no comprendió nada de la miseria de los demás, y partió con el egoísmo de su esperanza y de su alegría, pero solo para ella. ¡Sería ¡oh, Dios! que esa raza

condenada á desaparecer, debía concluir así, tan hermosa aun, tan adorada, pero tan cerrada al amor de los demás, á la ley de la caridad y de la justicia, y que reglamentando el trabajo puede ser en adelante la única salvadora del mundo?

Después de esta experimentó Pedro otra desolación que le dejó balbuceante y sin encontrar oraciones precisas. Acababa de acordarse del golpe de violencia que se llevó á los dos jóvenes en un desquite aniquilador de la Naturaleza. ¡Qué irrisión haber hecho la promesa á la Virgen de no hacer el don de la virginidad más que al marido elegido, de haberse hecho sangrar bajo ese juramento como bajo un cilicio, perdiendo la existencia entera para ir á arrojarse en el momento de la muerte al cuello del amante, trastornada por el pesar y ardiendo en deseos de entregarse por completo! Y se entregó con el arranque de una protesta postrera y bastó el hecho brutal de la separación amenazadora para que se diese por advertida del engaño y se sintiese atraída hacia el instinto del amor universal. Era una vez más la Iglesia vencida, el gran Pan, sembrador de gérmenes, reuniendo las parejas con su gusto continuo de fecundidad. Si cuando en la época del Renacimiento la Iglesia no sucumbió bajo el asalto de las Venus y de los Hércules exhumados del vetusto suelo romano, la lucha continuaba con toda su aspereza y á cada momento los pueblos nuevos, desbordantes de savia, hambrientos de vida, en guerra contra una religión que no era más que un apetito de la muerte, amenazaban derribar el antiguo edificio católico, cuyos muros derrumbábase ya por todas partes.

Y en aquellos momentos experimentó Pedro la sensación de que la muerte de aquella adorable Benedetta era para él un supremo desastre. La miraba sin cesar y las lágrimas abrasaban sus ojos; la muerte se había llevado su quimera. Lo mismo que en el Vaticano la víspera, ante el papa, había comprendido que se desvanecía su postrera esperanza; la resurrección tan deseada de la antigua Roma para convertirla en una Roma de juventud y de salvación. Aquella vez, era realmente el fin, Roma la católica, la regia, estaba muerta, yacía allí lo mismo que un mármol sobre aquel lecho fúnebre. No había podido ir al encuentro

de los humildes, de los que sufren en este mundo, sino que expiró con el grito impotente de su pasión egoísta y cuando era demasiado tarde para amar y engendrar. No tendría nunca hijos y la antigua casa romana estaba para en adelante vacía, estéril y sin posible despertar. Pedro, al que la muerta querida dejaba viuda el alma, con luto de un ensueño tan grande, experimentó un dolor tal al verla así inmóvil y helada que se sintió desfallecer. ¿Era la claridad lívida del día en la que se destacaban como dos estrellitas las manchas amarillas de los cirios, lo que le turbaba la vista? ¿O era el perfume de las rosas que aspiraba aquel aire de muerte, lo que le aturdira como una embriaguez y el sordo murmullo continuo del oficiante que acababa su misa á su espalda, lo que se juntaba en su cráneo impidiéndole recordar sus rezos? Tuvo miedo de caer atravesado en la grada y haciendo un violento esfuerzo, se puso en pie y se alejó.

En el momento en que, para reponerse, buscaba un refugio en el hueco de una ventana, quedóse parado al encontrar allí á Victorina sentada en una banqueta que estaba medio oculta. Tenía órdenes de *donna* Serafina y desde aquel rincón velaba aquellos muertos queridos, á sus hijos, como ella los llamaba, y no apartaba la mirada de las personas que entraban y salían. En seguida, hizo que Pedro se sentase á su lado al verle tan demudado y pálido y á punto de desmayarse.

—¡Ah!—dijo el presbítero en voz baja cuando pudo respirar á sus anchas.—¡Qué al menos gocen de la dicha de estar juntos allá, y que revivan en otra vida, en otro mundo!

Encogióse Victorina de hombros y en voz baja replicó á su vez:

—¡Oh! ¡Revivir! ¿Y para qué, señor abate? Vamos, que cuando se está muerto lo mejor que se puede hacer es quedarse así y dormir. Bastantes penas han tenido sobre la tierra, ¡pobres hijos míos! Y no hay que desearles que vuelvan á empezar á sufrirlas en otra parte.

Estas palabras tan ingenuas y de una profunda ignorante no creyente, hicieron pasar un estremecimiento por los huesos de Pedro, ¡á éste cuyos dientes habían á veces castañeteado terror durante la noche al hacer la brusca

évocación del vacío! Le pareció heroica al observar que no se turbaba con las ideas de la eternidad y de lo infinito. ¡Ah! Si todo el mundo hubiese tenido esa tranquila irreligión, esa indiferencia tan prudente del pueblo bajo incrédulo de Francia, ¡qué calma más repentina entre los hombres, qué vida más venturosa!

Y como Victorina observase que Pedro se estremecía añadió en seguida:

—¿Qué queréis que haya después de la muerte? Se desea mucho dormir, descansar y esto es lo que hay más deseable y consolador. Si Dios tuviese que recompensar á los buenos y castigar á los malos se habría echado encima una tarea enorme ¿es que acaso es posible semejante juicio? ¿Por ventura el bien y el mal no están mezclados de tal modo en todos que lo mejor sería absolverlos?

—Pero,—murmuró Pedro,—esos dos, tan buenos, tan cariñosos, tan amados y que apenas han vivido ¿por qué no tener la esperanza de que han de revivir, recompensados y el uno en brazos del otro en algún otro lado y eternamente?

De nuevo meneó la cabeza.

—¡No! ¡No! Bien decía yo,—contestó,—que mi pobre Benedetta hacía muy mal atormentándose con esas ideas del otro mundo y no queriéndose entregar al hombre que la amaba y al que ella tanto quería. En cuanto á mí, si hubiese querido, no habría tenido inconveniente en llevarse á su habitación y sin alcalde y sin cura. ¡Es tan rara la dicha! ¡Se tiene más adelante tanto pesar cuando ya no es tiempo! Ahí tenéis la historia de esos dos pobres jóvenes. Ya no es tiempo para ellos, se murieron y en vano colocan á los enamorados á la altura de las estrellas; ya lo veis, porque cuando están muertos es de veras, porque no les da ni frío ni calor eso de besarse ni de abrazarse!

A su vez no pudo contener las lágrimas y se echó á llorar y sollozar.

—¡Pobrecillos! ¡Pobres hijos míos! ¡Pensar que no han podido disfrutar de una sola noche y que ahora tienen por delante la gran noche que no concluirá jamás! ¡Miradlos que blancos están! Pensad en lo que serán cuando no queden sobre la almohada más que los huesos de sus

cabezas y sean sólo los huesos de sus brazos los que se estrechen. ¡Ah! ¡Que duerman! ¡Que duerman! A lo menos no saben, no sienten ni padecen!

Un prolongado silencio sucedió á esas palabras. Y Pedro, estremecido por la duda, por el ansioso deseo de otra vida conemplaba á aquella mujer con la que no hacían negocio los curas, que conservaba un hablar franco y libre de buena beaucerona, el aire tranquilo y satisfecho del deber cumplido en su humilde situación de criada, desterrada desde hacía veinticinco años en un país de lobos del que ni siquiera había podido aprender el idioma. ¡Ah! ¡Sí, ser como ella, tener un hermoso equilibrio de criatura sana y de limitada inteligencia que se contentaba con la tierra; que se acostaba por la noche después de cumplir con su deber durante el día, completamente satisfecha aún cuando no se volviese á despertar jamás!

Al volverse á fijar Pedro en el lecho fúnebre, reconoció al anciano presbítero, arrodillado en la grada y cuya cabeza inclinada, abrumada por el dolor, no le había permitido ver antes.

—¿No es aquel el abate Pisoni, el párroco de Santa Brígida, en cuya iglesia he dicho yo algunas misas? ¡Ah! ¡Pobre hombre! ¡Cómo llora!

Con su voz empañada por las lágrimas, respondió Victorina:

—Y tiene en verdad por qué hacerlo; el día en que se le ocurrió la mala idea de casar á mi pobre Benedetta con el conde Prada, cometió una necedad. Tantas abominaciones no habrían ocurrido si hubiesen entregado su Darío á esa pobre niña; pero en esta ciudad tan bestia, todos están locos con su política, y ese es, sin embargo, un buen hombre, que se figuraba haber hecho un milagro y salvado al mundo casando al papa y al rey, como decía con esa risita de sabio viejo, que nunca ha tenido cariño más que á las piedras y á las antiguallas; ya lo sabéis, sus antiguallas y sus ideas patrióticas de hace cien mil años... Y ya lo estáis viendo, hoy llora con todas las lágrimas de su cuerpo... El otro también ha venido, aún no hace veinte minutos, me refiero al padre Lorenzo, al jesuíta, al que fué confesor de Benedetta y que deshizo todo lo que el abate Pisoni hiciera. Sí, un hombre muy apuesto, un crea estor-

bos, uno que no sirve más que para poner impedimentos para que los demás sean dichosos, con todas las solapadas complicaciones con que intervino en esa historia del divorcio... Me hubiera gustado que hubieseis estado aquí cuando llegó para que vierais cómo hizo la señal de la cruz después de arrodillarse. No lloró, ¡llorar es el no, no parecía sino que decía que, puesto que las cosas concluían tan mal, era porque Dios se había retirado finalmente de todo ese asunto, ¡tanto peor para los muertos!

Hablaba con mucha dulzura, sin detenerse, como si sintiese alivio al poder descargar su corazón después de las terribles horas de angustias y de tremendas emociones porque había pasado desde la víspera.

—Y á esa,—dijo Victorina en voz más baja,—¿no la reconocéis?

Y con la mirada designó á aquella joven pobremente vestida á la que Pedro había tomado por una criada y á la que la pena y el dolor desplomaban sobre las losas, delante del lecho. Con un movimiento de trastorno y de sufrimiento levantó la cabeza, echándola hacia atrás, y se pudo ver que era una cabeza de una hermosura extraordinaria y coronada además por la más admirable de las cabelleras negras.

—¡La Pierina!—exclamó.—¡Pobre muchacha!

Hizo Victorina un gesto de compasión y de tolerancia.

—¿Y qué queréis que yo le haga? La permití subir hasta aquí... No sé cómo ha podido enterarse de la desgracia... La verdad es que anda siempre rondando alrededor del palacio... Me mandó á buscar, y si la hubieseis oído allá abajo cómo me suplicaba, pidiéndome entre sollozos que la permitiese ver siquiera una vez á su príncipe... ¡Dios mío! No hace daño á nadie, de rodillas ahí, en el suelo, contemplándolos á los dos con sus hermosos ojos preñados de lágrimas. Hace que está aquí como cosa de media hora y me había propuesto decirla que se marchase si no se portaba bien; pero puesto que es tan prudente y que ni siquiera se mueve, que se quede en donde está y que llene el corazón para toda la vida.

Era, en verdad, un espectáculo sublime el que ofrecía aquella Pierina, aquella joven personificación de la igno-

rancia, de la pasión y de la hermosura, arrodillada de aquella manera, á los pies del mortuario lecho nupcial, en el que dos amantes abrazados dormían en la muerte su primera y eterna noche. Se desplomó sobre los talones, dejó caer sus brazos demasiado pesados y las abiertas manos y con el rostro levantado, inmóvil, como fijada por un éxtasis de agonía, no apartaba ni un segundo sus miradas de aquella pareja adorable y trágica. Nunca rostro humano tuvo una expresión más hermosa, con un esplendor tan de amor y de sufrimiento tan resplandecientes; era el dolor antiguo, pero estremecido aún por la vida con su frente regia, sus mejillas de gracia orgullosa y su boca de perfección divina. ¿En qué pensaba? ¿De qué sufría contemplando fijamente á su príncipe para siempre enlazado en los brazos de su rival? ¿Era que unos celos sin fin posible helaban su sangre en las venas? ¿O era más bien que el solo sufrimiento de haberle perdido, de decirse que le veía por última vez y sin rencor hacia aquella otra mujer que trataba en vano de darle calor contra su carne tan fría como la suya. Sus ojos empañados por las lágrimas conservaban sin embargo su dulce mirar, y sus labios amargos su ternura. ¡Los encontraba tan hermosos, tan puros, acostados entre aquellos montones de flores! Y con su propia belleza, su belleza de reina que se ignora, estaba ella allí sin aliento, como humilde sirviente, como enamorada esclava cuyos amos, al morirse, la arrancaron y se llevaron su corazón.

Sin cesar entraban allí quedamente muchas personas con su rostro de duelo, se arrodillaban, rezaban durante unos cuantos minutos, y después se marchaban con el mismo paso silencioso, actitud muda y desolada. Y á Pedro se le oprimió el corazón cuando vió llegar así á la madre de Darío; á la siempre hermosa Flavia acompañada correctamente de su esposo, del apuesto Julio Laporte, el antiguo sargento de la guardia suiza, al que ella había convertido en un marqués de Montefiori. Avisada en cuanto ocurrió la desgracia, había estado la víspera, y entonces volvía con aires de ceremonia, de gran luto, soberbia, con un traje completamente negro, que sentaba de admirable manera á su majestad de Julio un poco cenceña. Cuando se acercó con regio además al lecho mortuario, se quedó

un momento en pie con dos lágrimas en el extremo de los párpados, de los que no se soltaban. Después en el momento en que se iba á poner de rodillas, se aseguró de que Julio estaba á su lado y con la mirada le ordenó que se arrodillase también á su vez. Ambos se inclinaron al borde de la grada, permaneciendo allí rezando el tiempo necesario para cumplir con las conveniencias; ella muy digna y dolorida y él mucho mejor aun con la desolación perfecta del hombre que no está nunca fuera de su sitio, sean cualesquiera las circunstancias en que se halle, aún en las más graves.

Levantáronse los dos y desaparecieron lentamente por la puerta de las habitaciones particulares, en las que el cardenal y *donna* Serafina recibían á la familia y á los amigos íntimos.

Entraron cinco señoras en fila, al mismo tiempo que se retiraban del salón dos capuchinos y el embajador de España cerca de la Santa Sede.

Y Victorina, que hacía algún tiempo estaba callada, exclamó de pronto:

—¡Ah! ¡Aquí está la princesita! ¡Qué afligida debe estar por lo mucho que quería á nuestra Benedetta!

En efecto Pedro vió entrar á Celia, que vestía también de luto para hacer esa visita de abominable adiós. Detrás de ella hallábase su doncella, á la que había mandado que la acompañase, y que tenía en cada brazo una rama enorme de rosas blancas.

—¡Querida niña! —murmuró Victorina. — ¡Tenía empeño que la boda con su Attilio se celebrase al mismo tiempo que la de esos dos desdichados que descansan ahí. Y son ellos los que la ganaron la delantera y han hecho sus bodas durmiendo ya juntos desde la primera noche.

En seguida se arrodilló Celia haciendo la señal de la cruz; pero visiblemente no rezaba; contemplaba á los dos queridos amantes con el estupor desesperado de encontrarlos tan blancos, tan fríos y de una belleza de mármol. ¡Cómo! ¡Habían bastado tan pocas horas para que la vida se fuese y aquellos labios no pudiesen volver á besar? Figurósele que los veían aún en medio de aquel baile de pocas noches antes tan resplandecientes, tan llenos de vida y gozando con el triunfo de su amor. Una protes-

ta subía desde su corazón juvenil tan abierto á la vida, ávido de alegría y de sol y en rebelión contra la muerte imbecil. Y esa cólera, ese terror, ese dolor enfrente del vacío, en el que toda pasión se hiela, leíanse en su rostro ingenuo de lirio cándido y cerrado. Jamás su boca de inocencia con los labios cerrados sobre los blancos dientes, jamás sus ojos de agua de fuente, claros y sin fondo, expresaron más insondable misterio; la vida de pasión que ignoraba, en la que entraba y en la que tropezaba en el dintel con esos dos muertos, tiernamente queridos, cuya pérdida le trastornaba el alma.

Con mucha dulzura cerró los ojos é intentó rezar mientras que de sus párpados entornados escapábanse gruesas lágrimas. Transcurrió algún tiempo en medio de aquel silencio que hacía estremecer y que turbaba únicamente los ligeros rumores de la misa que se celebraba allí cerca. Se levantó al fin y mandó á su doncella que la entregase los dos ramos de rosas blancas que quería depositar en persona sobre el lecho. En pie sobre la grada vaciló un momento, y después se decidió colocándolos á derecha é izquierda del cojín en que descansaban las dos cabezas, como si hubiese querido coronarlas con aquellas flores, mezclándolas á sus cabellos y perfumar sus frentes juveniles con aquel perfume tan suave y penetrante. Pero se quedó con las manos vacías y no se marchó sino que quedó allí muy cerca, inclinada sobre ellos temblorosa, y buscando lo que podría decirles aún, antes de dejarlos tras sí para siempre. Y lo encontró, porque se inclinó aún más y dióles los besos con toda su alma de enamorada en las frentes heladas del esposo y de la esposa.

—¡Ah! ¡Querida princesita! —exclamó Victorina, que no pudo contener sus lágrimas.— Ya lo habéis visto, los ha besado y á nadie se le ocurrió hacerlo ni aun á su propia madre. ¡Ah! ¡Corazón animoso! Con seguridad que se acordó de su Attilio.

Al volverse para bajar de la grada, Celia vió á Pierina que continuaba medio desplomada y entregada á su adoración dolorosa y muda. La reconoció en seguida y más que nada le dió lástima, cuando vió que de pronto empezaba á sollozar con tanta violencia, que todo su cuerpo, sus caderas y su garganta de diosa, se estremecían de una